



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 11

La Sentencia

— Bien, este es el plan, nos encontraremos mañana con Asher pero esta vez lo haremos en nuestro terreno, no pienso volver a pisar su maldita casa. Le he llamado y no me ha puesto ninguna pega en quedar en la “Sentencia”. Iremos los cuatro. — anunció Dayu.

— La... ¿“Sentencia”? —preguntó Saito enarcando una ceja. Noriko se dirigió a él.

— “Sentencia de muerte”. Es una discoteca de nuestro ambiente. Es un buen sitio y allí podemos tener cobertura si ocurriese algo malo, es una buena idea Matsumura.

— Sí, solo hay una pega. La Yakuza tiene el paso prohibido.

— Acabas de decir que íbamos a ir los cuatro... —Saito frunció el ceño. Ahora Matsumura y Noriko se quedaron delante de él, le miraron de arriba abajo, como evaluándole. En ese momento iba impecable con camisa y chaleco. Dayu se frotó la barbilla.

— ¿Qué opinas Noriko?

— Que será... interesante.

— ¿De qué habláis? —preguntó Saito mientras se miraba.

— Que vamos a ir de compras, ni de broma te dejarán entrar así, llevas la palabra yakuza impresa en la frente.

Seiya ahogó una risita pero se asustó al ver que Saito le dirigió una de sus miradas fulminantes.

— No te preocupes —dijo tímido— Seguro que te sentará bien...

— ¿El qué me sentará bien?

Un silencio.

— ¡Ah! No ni hablar, estáis locos si pensáis que voy a vestirme con esas pintas de muerto y...

— ¿Cómo dices?

El yakuza se atragantó ante la pregunta directa de Noriko, la cual mantenía ahora sus brazos cruzados y apretaba los labios.

— A ver, no digo que no me gusten... —rectificó— Pero venga ya, ni siquiera habrá ropa de mi talla.

— Eso déjame a mí —concluyó Matsumura. — Vamos.

Ambos se dirigieron a la tienda que Dayu frecuentaba habitualmente. En la misma no solo vendían ropa sino toda clase de artículos góticos: complementos, cosas para la casa, etc. Saito estaba más acostumbrado a esas enormes tiendas de suelos impecables, con mucha luz y elegantes. Cuando entró en esta, sin embargo, tuvo la sensación de entrar en una pequeña cueva atiborrada de cacharros raros relacionados con la muerte, y apenas si había luz a pesar de que era mediodía.

— Hola Ken, ¿qué tal?

El empleado, amigo de Dayu, se quedó paralizado en cuanto vio quién entraba con él.

— Eh tío... aquí todo está en regla, no queremos problemas y...

— Tranqui, tranqui... es amigo mío. Saito este es Ken, mi proveedor y colega.

Saito se inclinó saludando y Ken respiró más tranquilo, pensaba que ya tendría problemas con la Yakuza.

— Bueno, ¿y qué te trae por aquí Matsumura? —este señaló a Saito.

— ¿Ves al grandullón? El reto es hacerle pasar por gótico.

— Que conste, que no me agrada la idea —dijo Saito señalando con el dedo. Ken resopló y se puso serio.

— Bien, a ver qué podemos encontrar de su talla Sr. Saito. Vuelvo enseguida. —En el lapso de tiempo en el que Ken iba al almacén, Saito paseaba por la tienda mirándolo todo. Le llamó la atención una preciosa gargantilla negra que brillaba, la tomó en su mano.

— En serio, eso no creo que te favorezca. — se carcajeó Dayu.

— Es para Noriko, imbécil.

De pronto Dayu cayó en la cuenta, recordó algo. Él también estuvo en una situación parecida, cuando tuvo que vestirse de traje el día que conoció a los padres adoptivos de Seiya y le regaló aquella corbata. Sin que se diese cuenta, dedicó una mirada de orgullo hacia el que había sido su maestro, que en aquel momento se encontraba de espaldas. Volvió a la realidad en cuanto apareció Ken.

— Bueno, esto quizá le valga... sé que no es mucho. —dijo mientras dejaba algunas prendas sobre la mesa. — Con las camisetas no creo que haya problema, ya que se ensanchan, pero se tendrá que probar los pantalones.

Sin decir nada, Saito cogió toda la ropa y se dirigió a un minúsculo probador que había al fondo. En ese momento echaba de menos la amplitud de sus tiendas habituales. Mientras se cambiaba, Dayu se apoyó sobre el mostrador.

— Eh tío, eres famoso ¿sabes? He visto tu cara en una de las pantallas del metro, anunciando esa colonia, "Ángel" ¿no?

— Sí, ese soy yo —estiró sus largos brazos, contento.

— Haz el truco de nuevo.

Dayu dejó de estirarse y atisbó algo en la mirada de su amigo, lo dijo más serio que de costumbre. Siempre le pedía hacer el mismo "truco de magia". Dayu no podía aguantarse en lo relacionado con sus poderes y de alguna forma quería sacarlos a relucir siempre que podía. Complació a Ken y se concentró en el vaso de la estantería que siempre hacía mover.

— No el vaso no, la calavera —dijo poniendo una calavera decorativa sobre el mostrador.

— Como quieras.

En un instante, la calavera empezó a girar sobre sí misma y luego paró en seco. Ken sonrió de una forma extraña y dejó la calavera en su sitio, no se dio la vuelta.

— Lo eres, ¿verdad?

— ¿El qué?

— Un ángel —se dio la vuelta. En ese instante Dayu cambió la expresión de su rostro. — Me enteré por las noticias que resucitaste a una anciana en un cruce y que remontaste un avión que caía en picado. Nunca me has hablado de ello, todos te consideramos un héroe.

Dayu sopesó la situación, dada la inminente guerra, era absurdo en su opinión que los ángeles tuviesen que ocultarse de los humanos.

— Ken, prométeme que no vas a flipar...

Este asintió tragando saliva mientras Dayu se colocaba en medio de la tienda, asegurándose de que tenía espacio. De pronto, como por arte de magia, emergieron de su espalda sus increíbles y grandes alas de suave plumaje negro.

Una enorme “o” se formó en la boca de su amigo. Eso explicaba muchas cosas, lo que Ken no podía imaginar es que esos “trucos de magia” no eran ni la más mínima parte del poder que poseía Dayu Matsumura, eso eran tan solo juegos de niños.

— Más te vale no abrir la boca, y tú imbécil deja de alardear por ahí. — Los dos se giraron, Saito había salido del probador. Dayu encogió sus alas, poniendo morros como si fuese un niño pequeño. Pero enseguida cambió la expresión de su inmaculado rostro.

— Joder... Noriko va a flipar en cuanto te vea.

Saito chascó la lengua y de nuevo fue al probador, ya había conseguido lo que quería y no veía la hora de marcharse de allí.

— Tu amigo no tiene buen humor, ¿eh?

— ¿Saito? En absoluto, pero folla increíblemente bien.

— Eres incorregible Matsumura — rió Ken.

Al día siguiente, antes de acudir a la cita con Asher, Dayu y Seiya se encargaron de “transformar” al yakuza y pudiese así pasar desapercibido en el local. Quedaron allí por la noche directamente con Noriko, pues esta tenía antes otro compromiso.

Después de hacerse mucho de rogar, Saito dejó que Seiya le pintase las uñas y los ojos de negro.

— Joder, voy a parecer un mari... — se detuvo en cuanto Matsumura le fulminó con la mirada y luego miraba a Seiya, el cual parecía entusiasmado.

— Lo que yo decía, te queda muy bien.

Saito chascó la lengua, enfurruñado.

— La próxima vez elegiré yo el sitio, Matsumura.

— No protestes... “bien sabemos que todo cambiará en cuanto vea la reacción de Noriko.”

Era ya casi de noche cuando la chica se encontraba paseando por el cementerio. Siempre que se reunía con él lo hacía allí, era ya una costumbre. Noriko iba inmaculada y hermosa con su nuevo vestido de gothic-lolita, sus zapatos brillaban y su larga melena azabache estaba suelta,

llevaba un gran lazo oscuro en la cabeza y su habitual flequillo que llegaba hasta sus ojos castaños. En su cuello lucía la nueva gargantilla que hacía escasas horas le había regalado Saito.

Como siempre, se dirigió hacia su tumba, ya no la resultaba extraño ver su nombre allí grabado.

“Aquello fue otra vida, esta es mi nueva vida.”

A los pocos segundos, Gabriel se personó a su lado y observó también la lápida.

— ¿Por qué Asgaard rescató mi alma? —preguntó ella directamente.

— Asgaard escoge siempre a sus ángeles por una buena razón Noriko. No debes preocuparte por eso. Además, te completarás antes de tiempo. Está todo previsto.

—Lo sé, es solo que...—una pausa en la que hubo una ráfaga de viento.

— Se lo que vas a decirme. Tus poderes apenas si han despertado, pero te diré algo: no depende únicamente de ti el despertarlos. Ten paciencia, además estás bajo la protección de Rafael, eso es buena señal.

— Gabriel... ¿tú sabes por qué Sai... Rafael es un renegado? ¿Qué ocurrió para que cayese en el Inframundo?

— Noriko, lo siento pero no soy yo quien debe responderte a eso. Lo único que puedo decirte es que no fue él quien decidió su destino. Vaya, es cierto que estás enamorada.

Noriko asintió y ambos miraron ahora hacia el cielo que comenzaba a oscurecer con tonos violáceos, Gabriel dedicó enseguida una mirada orgullosa a su discípula, pues esta se había convertido en toda una mujer.

Al entrar en la discoteca, de nuevo Noriko consultó su reloj, aún faltaban pocos minutos para la hora. Echó un breve vistazo, pero ni sus amigos ni Asher parecían estar allí por lo que fue a la barra, se sentó en un taburete y solicitó lo de siempre: zumo de tomate. En aquella discoteca, de ambiente puramente gótico, era la bebida más solicitada.

No pasó ni un minuto cuando un chico se acercó a ella con una estúpida sonrisa en su cara. Tenía un piercing de aro en la nariz, a modo de argolla que atravesaba ambas fosas nasales. Su voz sonaba aguda e irritante.

— Hola guapa, no te he visto mucho por aquí... creía conocer a todas las muñequitas. — Noriko no le prestó atención y absorbió por la pajita de su bebida, pero aquel tipo era de los pesados.

— Por qué no te vienes y nos divertimos un rato, ¿eh? tú y yo, ¿qué me dices? —preguntó mientras se acercaba peligrosamente. Su mano, que más bien era un tentáculo de pulpo, ya iba a aferrarse al muslo de la chica. Pero de repente, el tipo gritó y quedó encorvado, alguien le sujetaba el brazo por detrás con fuerza.

Emergió de la oscuridad como una montaña. Noriko se giró y se atragantó, escupiendo el zumo de tomate al verle. Saito sujetaba al “pulpo” y se dirigió a él pegándose a su cara. Habló despacio y con voz ronca.

— Tócala y te romperé los brazos. Créeme chaval, puedo hacerlo. —a continuación le empujó a un lado y tras tropezar en el suelo, el chico se fue corriendo.

— ¿Así es como intentan ligar? ¿Es que los jóvenes de ahora se han vuelto todos gilipollas? — Dijo Saito mientras le observaba, luego se dirigió a Noriko— ¿Estás bien?

Con la boca abierta, Noriko asintió. Saito llevaba el pelo suelto, vestía una camiseta negra ajustada algo transparente y unos pantalones con cadenas, estaba incluso maquillado, con los ojos envueltos en sombra negra; sus muñecas vestían brazaletes de cuero y una gargantilla de clavos decoraba su enorme cuello. No podía creer lo que estaba viendo y enseguida Dayu y Seiya se sumaron a ellos.

— ¡Hola! —Saludó el primero muy animado. — Bueno Noriko, ¿qué te parece?

La chica cerró la boca y automáticamente cambió la expresión de su rostro, su mirada ahora daba miedo.

— Sujetadme —dijo, refiriéndose a Dayu y Seiya, los cuales la miraron sin comprender. — Si no lo hacéis lo... violaré. —su vista estaba fija en Saito, este sonrió y se acercó a ella.

— ¿Debo tomar eso como un cumplido?

— Sí.

— Una propuesta tentadora... vaya, estás preciosa esta noche —dijo susurrando esto último en su oído, el corazón de la chica subió hasta su garganta.

— Eh, mira Dayu, ¿no es ese aquel chico? El que nos ayudó cuando me rescataste —dijo Seiya señalando.

Acababa de entrar en la discoteca. Álex llevaba su pelo recogido como siempre en una coleta alta y vestía una gabardina negra.

— Ah sí, también he quedado con él, por si acaso... ¡Eh! Álex, aquí.

Cuando el chico dirigió su vista hacia Dayu y compañía, la sangre se le fue del cuerpo.

— No me dijiste que estarían ellos... —dijo entre dientes, parecía molesto.

— Oh, venga vamos, será divertido, además recuerda que necesitamos tu ayuda.

— No es divertido Matsumura, si lo descubren...

Tuvieron que dejar de hablar en cuanto el resto se acercó. Al ver a su padre, Álex palideció aún más y tuvo que tragarse el comentario que tenía en la boca.

“Papá, ¿qué coño te has puesto? Joder incluso te pintaste... si siempre me regañas cuando...”

Todos saludaron pero Saito no pudo evitar hacer también una mueca extraña.

— Si no es indiscreción, Álex... ¿qué más? Tendrás un apellido, ¿no? —no lo preguntó de malas formas. Este miró a su padre y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

— Sa... Sawamura, Alejandro Sawamura. —mintió. Saito se encogió de hombros, le extrañó ver que el tal Álex le miraba constantemente la mano izquierda, aparte de que su rostro le resultaba increíblemente familiar.